

# Poesías seleccionadas

Miguel Hernández (1939-1940)

Este texto digital es de dominio público en España por haberse cumplido más de setenta años desde la muerte de su autor (RDL 1/1996 - Ley de Propiedad Intelectual) . Sin embargo, no todas las leyes de Propiedad Intelectual son iguales en los diferentes países del mundo. Por favor, infórmese de la situación de su país antes de descargar, leer o compartir este fichero.



# Poesías seleccionadas

Miguel Hernández (1939-1940)

## Elegía a Ramón Sijé

Yo quiero ser llorando el hortelano  
de la tierra que ocupas y estercolas,  
compañero del alma, tan temprano.

Alimentando lluvias, caracolas  
y órganos mi dolor sin instrumento.  
a las desalentadas amapolas

daré tu corazón por alimento.  
Tanto dolor se agrupa en mi costado,  
que por doler me duele hasta el aliento.

Un manotazo duro, un golpe helado,  
un hachazo invisible y homicida,  
un empujón brutal te ha derribado.

No hay extensión más grande que mi herida,  
lloro mi desventura y sus conjuntos  
y siento más tu muerte que mi vida.

Ando sobre rastrojos de difuntos,  
y sin calor de nadie y sin consuelo  
voy de mi corazón a mis asuntos.



**Miguel Hernández**

**Gilabert** (Orihuela, 30 de octubre de 1910 –

Alicante, 28 de marzo de

1942) fue un poeta y

dramaturgo de especial

relevancia en la

literatura española del

siglo XX. Aunque

tradicionalmente se le ha

encuadrado en la

generación del 36,

Miguel Hernández

mantuvo una mayor

proximidad con la

generación anterior

hasta el punto de ser

considerado por Dámaso

Alonso como «genial

epígono de la generación

del 27»

- **Biografía**
- **Otras obras de Miguel Hernández y la Generación del 27**
-

Temprano levantó la muerte el vuelo,  
temprano madrugó la madrugada,  
temprano estás rodando por el suelo.

No perdono a la muerte enamorada,  
no perdono a la vida desatenta,  
no perdono a la tierra ni a la nada.

En mis manos levanto una tormenta  
de piedras, rayos y hachas estridentes  
sedienta de catástrofes y hambrienta.

Quiero escarbar la tierra con los dientes,  
quiero apartar la tierra parte a parte  
a dentelladas secas y calientes.

Quiero minar la tierra hasta encontrarte  
y besarte la noble calavera  
y desamordazarte y regresarte.

Volverás a mi huerto y a mi higuera:  
por los altos andamios de las flores  
pajareará tu alma colmenera

de angelicales ceras y labores.  
Volverás al arrullo de las rejas  
de los enamorados labradores.

Alegrarás la sombra de mis cejas,  
y tu sangre se irán a cada lado  
disputando tu novia y las abejas.

Tu corazón, ya terciopelo ajado,  
llama a un campo de almendras espumosas  
mi avariciosa voz de enamorado.

A las aladas almas de las rosas  
del almendro de nata te requiero,  
que tenemos que hablar de muchas cosas,  
compañero del alma, compañero.

## Las abarcas desiertas

Por el cinco de enero,  
cada enero ponía  
mi calzado cabrero  
a la ventana fría.

Y encontraban los días,  
que derriban las puertas,  
mis abarcas vacías,  
mis abarcas desiertas.

Nunca tuve zapatos,  
ni trajes, ni palabras:  
siempre tuve regatos,  
siempre penas y cabras.

Me vistió la pobreza,  
me lamió el cuerpo el río,  
y del pie a la cabeza  
pasto fui del rocío.

Por el cinco de enero,  
para el seis, yo quería  
que fuera el mundo entero  
una juguetería.

Y al andar la alborada  
removiendo las huertas,  
mis abarcas sin nada,  
mis abarcas desiertas.

Ningún rey coronado  
tuvo pie, tuvo gana  
para ver el calzado  
de mi pobre ventana.

Toda la gente de trono,

toda gente de botas  
se rió con encono  
de mis abarcas rotas.

Rabié de llanto, hasta  
cubrir de sal mi piel,  
por un mundo de pasta  
y un mundo de miel.

Por el cinco de enero,  
de la majada mía  
mi calzado cabrero  
a la escarcha salía.

Y hacia el seis, mis miradas  
hallaban en sus puertas  
mis abarcas heladas,  
mis abarcas desiertas.

#### **Vientos del pueblo me llevan**

Vientos del pueblo me llevan,  
vientos del pueblo me arrastran,  
me esparcen el corazón  
y me aventan la garganta.

Los bueyes doblan la frente,  
impotentemente mansa,  
delante de los castigos:  
los leones la levantan  
y al mismo tiempo castigan  
con su clamorosa zarpa.

No soy de un pueblo de bueyes,  
que soy de un pueblo que embargan  
yacimientos de leones,  
desfiladeros de águilas  
y cordilleras de toros  
con el orgullo en el asta.

Nunca medraron los bueyes  
en los páramos de España.  
¿Quién habló de echar un yugo  
sobre el cuello de esta raza?  
¿Quién ha puesto al huracán  
jamás ni yugos ni trabas,  
ni quién al rayo detuvo  
prisionero en una jaula?

Asturianos de braveza,  
vascos de piedra blindada,  
valencianos de alegría  
y castellanos de alma,  
labrados como la tierra  
y airosos como las alas;  
andaluces de relámpagos,  
nacidos entre guitarras  
y forjados en los yunques  
torrenciales de las lágrimas;  
extremeños de centeno,  
gallegos de lluvia y calma,  
catalanes de firmeza,

aragoneses de casta,  
murcianos de dinamita  
frutalmente propagada,  
leoneses, navarros, dueños  
del hambre, el sudor y el hacha,  
reyes de la minería,  
señores de la labranza,  
hombres que entre las raíces,  
como raíces gallardas,  
vais de la vida a la muerte,  
vais de la nada a la nada:  
yugos os quieren poner  
gentes de la hierba mala,  
yugos que habéis de dejar  
rotos sobre sus espaldas.

Crepúsculo de los bueyes  
está despuntando el alba.

Los bueyes mueren vestidos  
de humildad y olor de cuadra:  
las águilas, los leones  
y los toros de arrogancia,  
y detrás de ellos, el cielo  
ni se enturbia ni se acaba.  
La agonía de los bueyes  
tiene pequeña la cara,  
la del animal varón  
toda la creación agranda.

Si me muero, que me muera  
con la cabeza muy alta.  
Muerto y veinte veces muerto,  
la boca contra la grama,  
tendré apretados los dientes  
y decidida la barba.

Cantando espero a la muerte,  
que hay ruiseñores que cantan  
encima de los fusiles  
y en medio de las batallas.

### **El niño yuntero**

Carne de yugo, ha nacido  
más humillado que bello,  
con el cuello perseguido  
por el yugo para el cuello.

Nace, como la herramienta,  
a los golpes destinado,  
de una tierra descontenta  
y un insatisfecho arado.

Entre estiércol puro y vivo

de vacas, trae a la vida  
un alma color de olivo  
vieja ya y encallecida.

Empieza a vivir, y empieza  
a morir de punta a punta  
levantando la corteza  
de su madre con la yunta.

Empieza a sentir, y siente  
la vida como una guerra,  
y a dar fatigosamente  
en los huesos de la tierra.

Contar sus años no sabe,  
y ya sabe que el sudor  
es una corona grave  
de sal para el labrador.

Trabaja, y mientras trabaja  
masculinamente serio,  
se unge de lluvia y se alhaja  
de carne de cementerio.

A fuerza de golpes, fuerte,  
y a fuerza de sol, bruñido,  
con una ambición de muerte  
despedaza un pan reñido.

Cada nuevo día es  
más raíz, menos criatura,  
que escucha bajo sus pies  
la voz de la sepultura.

Y como raíz se hunde  
en la tierra lentamente  
para que la tierra inunde



de paz y panes su frente.

Me duele este niño hambriento  
como una grandiosa espina,  
y su vivir ceniciento  
revuelve mi alma de encina.

Lo veo arar los rastros,  
y devorar un mendrugo,  
y declarar con los ojos  
que por qué es carne de yugo.

Me da su arado en el pecho,  
y su vida en la garganta,  
y sufro viendo el barbecho  
tan grande bajo su planta.

¿Quién salvará este chiquillo  
menor que un grano de avena?  
¿De dónde saldrá el martillo  
verdugo de esta cadena?

Que salga del corazón  
de los hombre jornaleros,  
que antes de ser hombres son  
y han sido niños yunteros.

### **El último rincón**

El último y el primero:  
rincón para el sol más grande,  
sepultura de esta vida  
donde tus ojos no caben.

Allí quisiera tenderme  
para desenamorarme.

Por el olivo lo quiero,

lo persigo por la calle,  
se sume por los rincones  
donde se sumen los árboles.

Se ahonda y hace más honda  
la intensidad de mi sangre.

Los olivos moribundos  
florece en todo el aire  
y los muchachos se quedan  
cercaos y agonizantes.

Carne de mi movimiento,  
huesos de ritmos mortales:  
me muero por respirar  
sobre vuestros ademanes.

Corazón que entre dos piedras  
ansias de machacarte,  
de tanto querer te ahogas  
como un mar entre dos mares.  
De tanto querer me ahogo,  
y no me es posible ahogarme.

Beso que viene rodando  
desde el principio del mundo  
a mi boca por tus labios.  
Beso que va a un porvenir,  
boca como un doble astro  
que entre los astros palpita  
por tantos besos parados,  
por tantas bocas cerradas  
sin un beso solitario.

Tu pelo donde lo negro  
ha sufrido las edades  
de la negrura más firme,  
y la más emocionante:  
tu secular pelo negro

recorro hasta remontarme  
a la negrura primera  
de tus ojos y tus padres,  
al rincón de pelo denso  
donde relampagueaste.

Como un rincón solitario  
allí el hombre brota y arde.

Ay, el rincón de tu vientre;  
el callejón de tu carne:  
el callejón sin salida  
donde agonice una tarde.

La pólvora y el amor  
marchan sobre las ciudades  
deslumbrando, removiendo  
la población de la sangre.

El naranjo sabe a vida  
y el olivo a tiempo sabe.  
Y entre el clamor de los dos  
mis pasiones se debaten.

El último y el primero:  
rincón donde algún cadáver  
siente el arrullo del mundo  
de los amorosos cauces.

Siesta que ha entenebrecido  
el sol de las humedades.

Allí quisiera tenderme  
para desenamorarme.

Después del amor, la tierra.  
Después de la tierra, nadie.

## A mi hijo

Te has negado a cerrar los ojos, muerto mío,  
abiertos ante el cielo como dos golondrinas:  
su color coronado de junios, ya es rocío  
alejándose a ciertas regiones matutinas.

Hoy, que es un día como bajo la tierra, oscuro,  
como bajo la tierra, lluvioso, despoblado,  
con la humedad sin sol de mi cuerpo futuro,  
como bajo la tierra quiero haberte enterrado.

Desde que tú eres muerto no alientan las mañanas,  
al fuego arrebatadas de tus ojos solares:  
precipitado octubre contra nuestras ventanas,  
diste paso al otoño y anocheció los mares.

Te ha devorado el sol, rival único y hondo  
y la remota sombra que te lanzó encendido;  
te empuja luz abajo llevándote hasta el fondo,  
tragándote; y es como si no hubieras nacido.

Diez meses en la luz, redondeando el cielo,  
sol muerto, anochecido, sepultado, eclipsado.  
Sin pasar por el día se marchitó tu pelo;  
atardeció tu carne con el alba en un lado.

El pájaro pregunta por ti, cuerpo al oriente,  
carne naciente al alba y al júbilo precisa;  
niño que sólo supo reír, tan largamente,  
que sólo ciertas flores mueren con tu sonrisa.

Ausente, ausente, ausente como la golondrina,  
ave estival que esquivo vivir al pie del hielo:  
golondrina que a poco de abrir la pluma fina,  
naufraga en las tijeras enemigas del vuelo.

Flor que no fue capaz de endurecer los dientes,

de llegar al más leve signo de la fiereza.  
 Vida como una hoja de labios incipientes,  
 hoja que se desliza cuando a sonar empieza.

Los consejos del mar de nada te han valido...  
 Vengo de dar a un tierno sol una puñalada,  
 de enterrar un pedazo de pan en el olvido,  
 de echar sobre unos ojos un puñado de nada.

Verde, rojo, moreno: verde, azul y dorado;  
 los latentes colores de la vida, los huertos,  
 el centro de las flores a tus pies destinado,  
 de oscuros negros tristes, de graves blancos yertos.

Mujer arrinconada: mira que ya es de día.  
 (¡Ay, ojos sin poniente por siempre en la alborada!)  
 Pero en tu vientre, pero en tus ojos, mujer mía,  
 la noche continúa cayendo desolada.

## Todo era azul

Todo era azul delante de aquellos ojos y era  
 verde hasta lo entrañable, dorado hasta muy lejos.  
 Porque el color hallaba su encarnación primera  
 dentro de aquellos ojos de frágiles reflejos.

Ojos nacientes: luces en una doble esfera.  
 Todo radiaba en torno como un solar de espejos.  
 Vivificar las cosas para la primavera  
 poder fue de unos ojos que nunca han sido viejos.

Se los devoran. ¿Sabes? No soy feliz. No hay goce  
 como sentir aquella mirada inundadora.  
 Cuando se me alejaba, me despedí del día.

La claridad brotaba de su directo roce,  
 pero los devoraron. Y están brotando ahora  
 penumbras como el pardo rubor de la agonía.

### **Yo no quiero más luz que tu cuerpo ante el mío**

Yo no quiero más luz que tu cuerpo ante el mío:  
claridad absoluta, transparencia redonda.  
Limpidez cuya extraña, como el fondo del río,  
con el tiempo se afirma, con la sangre se ahonda..

¿Qué lucientes materias duraderas te han hecho,  
corazón de alborada, carnación matutina?  
Yo no quiero más día que el que exhala tu pecho.  
Tu sangre es la mañana que jamás se termina.

No hay más luz que tu cuerpo, no hay más sol: todo ocaso.  
Yo no veo las cosas a otra luz que tu frente.  
La otra luz es fantasma, nada más, de tu paso.  
Tu insondable mirada nunca gira al poniente.

Claridad sin posible declinar. Suma esencia  
del fulgor que ni cede ni abandona la cumbre.  
Juventud. Limpidez. Claridad. Transparencia  
acercando los astros más lejanos de lumbre.

Claro cuerpo moreno de calor fecundante.  
Hierba negra el origen; hierba negra las sienas.  
Trago negro los ojos, la mirada distante.  
Día azul. Noche clara. Sombra clara que vienes.

Yo no quiero más luz que tu sombra dorada  
donde brotan anillos de una hierba sombría.  
En mi sangre, fielmente por tu cuerpo abrasada,  
para siempre es de noche: para siempre es de día.

## Muerte nupcial

El lecho, aquella hierba de ayer y de mañana:  
este lienzo de ahora sobre madera aún verde,  
flota como la tierra, se sume en la besana  
donde el deseo encuentra los ojos y los pierde.

Pasar por unos ojos como por un desierto:  
como por dos ciudades que ni un amor contienen.  
Mirada que va y vuelve sin haber descubierto  
el corazón a nadie, que todos la enarenen.

Mis ojos encontraron en un rincón los tuyos.  
Se descubrieron mudos entre las dos miradas.  
Sentimos recorrer un palomar de arrullos,  
y un grupo de arrebatos de alas arrebatadas.

Cuanto más se miraban más se hallaban: más hondos  
se veían, más lejos, y más en uno fundidos.  
El corazón se puso, y el mundo, más redondos.  
Atravesaba el lecho la patria de los nidos.

Entonces, el anhelo creciente, la distancia  
que va de hueso a hueso recorrida y unida,  
al aspirar del todo la imperiosa fragancia,  
proyectamos los cuerpos más allá de la vida.

Espiramos del todo. ¡Qué absoluto portento!  
¡Qué total fue la dicha de mirarse abrazados,  
desplegados los ojos hacia arriba un momento,  
y al momento hacia abajo con los ojos plegados!

Peron no moriremos. Fue tan cálidamente  
consumada la vida como el sol, su mirada.  
No es posible perdersnos. Somos plena simiente.  
Y la muerte ha quedado, con los dos, fecundada.

## Sentado sobre los muertos

Sentado sobre los muertos  
que se han callado en dos meses,  
beso zapatos vacíos  
y empuño rabiosamente  
la mano del corazón  
y el alma que lo mantiene.

Que mi voz suba a los montes  
y baje a la tierra y truene,  
eso pide mi garganta  
desde ahora y desde siempre.

Acércate a mi clamor,  
pueblo de mi misma leche,  
árbol que con tus raíces  
encarcelado me tienes,  
que aquí estoy yo para amarte  
y estoy para defenderte  
con la sangre y con la boca  
como dos fusiles fieles.

Si yo salí de la tierra,  
si yo he nacido de un vientre  
desdichado y con pobreza,  
no fue sino para hacerme  
ruiseñor de las desdichas,  
eco de la mala suerte,  
y cantar y repetir  
a quien escucharme debe  
cuanto a penas, cuanto a pobres,  
cuanto a tierra se refiere.

Ayer amaneció el pueblo  
desnudo y sin qué ponerse,  
hambriento y sin qué comer,  
el día de hoy amanece  
justamente aborrascado  
y sangriento justamente.  
En su mano los fusiles  
leones quieren volverse  
para acabar con las fieras  
que lo han sido tantas veces.



Aunque le falten las armas,  
pueblo de cien mil poderes,  
no desfallezcan tus huesos,  
castiga a quien te malhiere  
mientras que te queden puños,  
uñas, saliva, y te queden  
corazón, entrañas, tripas,  
cosas de varón y dientes.  
Bravo como el viento bravo,  
leve como el aire leve,  
asesina al que asesina,  
aborrece al que aborrece  
la paz de tu corazón  
y el vientre de tus mujeres.  
No te hieran por la espalda,  
vive cara a cara y muere  
con el pecho ante las balas,  
ancho como las paredes.

Canto con la voz de luto,  
pueblo de mí, por tus héroes:  
tus ansias como las mías,  
tus desventuras que tienen  
del mismo metal el llanto,  
las penas del mismo temple,  
y de la misma madera  
tu pensamiento y mi frente,  
tu corazón y mi sangre,  
tu dolor y mis laureles.  
Antemuro de la nada  
esta vida me parece.

Aquí estoy para vivir  
mientras el alma me suene,  
y aquí estoy para morir,  
cuando la hora me llegue,  
en los veneros del pueblo  
desde ahora y desde siempre.

Varios tragos es la vida  
y un solo trago es la muerte.

### **Nanas de la cebolla**

La cebolla es escarcha  
cerrada y pobre.  
Escarcha de tus días  
y de mis noches.  
Hambre y cebolla,  
hielo negro y escarcha  
grande y redonda.

En la cuna del hambre  
mi niño estaba.  
Con sangre de cebolla  
se amamantaba.  
Pero tu sangre,  
escarchada de azúcar  
cebolla y hambre.

Una mujer morena  
resuelta en lunas  
se derrama hilo a hilo  
sobre la cuna.  
Ríete niño  
que te traigo la luna  
cuando es preciso.

Tu risa me hace libre,  
me pone alas.  
Soledades me quita,  
cárcel me arranca.  
Boca que vuela,  
corazón que en tus labios  
relampaguea.

Es tu risa la espada  
más victoriosa,

vencedor de las flores  
y las alondras.  
Rival del sol.  
Porvenir de mis huesos  
y de mi amor.

Desperté de ser niño:  
nunca despiertes.  
Triste llevo la boca:  
ríete siempre.  
Siempre en la cuna  
defendiendo la risa  
pluma por pluma.

Al octavo mes ríes  
con cinco azahares.  
Con cinco diminutas  
ferocidades.  
Con cinco dientes  
como cinco jazmines  
adolescentes.

Frontera de los besos  
serán mañana,  
cuando en la dentadura  
sientas un arma.  
Sientas un fuego  
correr dientes abajo  
buscando el centro.

Vuela niño en la doble  
luna del pecho:  
él, triste de cebolla,  
tú satisfecho.  
No te derrumbes.  
No sepas lo que pasa  
ni lo que ocurre.

## Vuelo

Sólo quien ama vuela. Pero, ¿quién ama tanto  
que sea como el pájaro más leve y fugitivo?  
Hundiendo va este odio reinante todo cuanto  
quisiera remontarse directamente vivo.

Amar ... Pero, ¿quién ama? Volar ... Pero, ¿quién vuela?  
Conquistaré el azul ávido de plumaje,  
pero el amor, abajo siempre, se desconsuela  
de no encontrar las alas que da cierto coraje.

Un ser ardiente, claro de deseos, alado,  
quiso ascender, tener la libertad por nido.  
Quiso olvidar que el hombre se aleja encadenado.  
Donde faltaban plumas puso valor y olvido.

Iba tan alto a veces, que le resplandecía  
sobre la piel el cielo, bajo la piel el ave.  
Ser que te confundiste con una alondra un día,  
te desplomaste otro como el granizo grave.

Ya sabes que las vidas de los demás son losas  
con que tapiarte: cárceles con que tragar la tuya.  
Pasa, vida, entre cuerpos, entre rejas hermosas.  
A través de las rejas, libre la sangre afluya.

Triste instrumento alegre de vestir; apremiante  
tubo de apetecer y respirar el fuego.  
Espada devorada por el uso constante.  
Cuerpo en cuyo horizonte cerrado me despliego.

No volarás. No puedes volar, cuerpo que vagas  
por estas galerías donde el aire es mi nudo.  
Por más que te debatas en ascender, naufragas.  
No clamarás. El campo sigue desierto y mudo.

Los brazos no aletean. Son acaso una cola

que el corazón quisiera lanzar al firmamento.  
La sangre se entristece de debatirse sola.  
Los ojos vuelven tristes de mal conocimiento.

Cada ciudad, dormida, despierta loca, exhala  
un silencio de cárcel, de sueño que arde y llueve  
como un élitro ronco de no poder ser ala.  
El hombre yace. El cielo se eleva. El aire mueve.

Este texto digital es de dominio público en España por haberse cumplido más de setenta años desde la muerte de su autor (RDL 1/1996 - Ley de Propiedad Intelectual) . Sin embargo, no todas las leyes de Propiedad Intelectual son iguales en los diferentes países del mundo. Por favor, infórmese de la situación de su país antes de descargar, leer o compartir este fichero.

